

## EL PASO DEL RPPA POR CENTROAMERICA Y EL SALVADOR (I)

El Papa ha pasado por Centroamérica. Se ha detenido un poco más en Costa Rica -uno de los rostros aparentemente democrático de Centroamerica- y en Guatemala, que le recibió con el fusilamiento de reos, por los que Juan Pablo II había pedido clemencia. La difícil etapa de Nicaragua sólo duró once horas, casi las mismas que la difícil etapa de El Salvador. Parecido fue el tiempo dedicado a Panamá y Honduras así como a Haití y menor aún a Belize. Esta rapidez de la visita debe ser acentuada. Aunque tomada Centroamérica como una unidad puede decirse que el Papa estuvo en ella su buena semana, lo cual es bastante tiempo dentro del calendario papal, la pluralidad de las naciones y la diversidad de las circunstancias es sin embargo tan notoria, que lo que tocó a cada parcela diferenciada es muy poco, dada la gravedad de los problemas que algunas de ellas confrontan. Si los problemas mayores estaban en Nicaragua en razón de dificultades eclesísticas e ideológicas predominantemente y en El Salvador y Guatemala en razón de la increíble tasa de violencia, sobre todo de violencia represiva, eran Nicaragua, Guatemala y El Salvador donde la realidad exigía más tiempo, mayor preparación, mejor confrontación de distintos puntos de vista. Así el propio Papa diría a los sacerdotes en El Salvador, refiriéndose a todos los sacerdotes del área: "Quisiera saludaros uno a uno, llamaros por vuestro nombre, escuchar vuestra experiencia, llegar con cada uno de vosotros hasta el lugar donde se desarrolla vuestro ministerio en medio del Pueblo de Dios, en las ciudades o en los pueblos, entre los campesinos y los obreros". Pues bien, esto no fue posible, lo cual era bastante obvio, por falta de tiempo. Pero tampoco en la preparación se le hizo llegar esa experiencia que el Papa querría "escubhar" y tampoco fue un sacerdote sino un obispo el que presentó al Papa el saludo sacerdotal.

Dada esa prisa, dada la selección previa y prefijada de actividades y de discursos, dados los juicios previos que ya se tenían ~~fundadamente~~, era difícil que el Ppa improvisara respuestas a planteamientos nuevos. Así en el discurso a los campesinos en Panamá no se pudo quitar la referencia a Penonomé donde se había previsto



que fuera la concentración campesina, cuando la cita con los hombres del campo no se tuvo en Penonomé sino en Panamá capital. Sin embargo, sí se cambió el discurso tenido a su llegada a El Salvador, donde a última hora se introdujo un párrafo nuevo como respuesta al anuncio hecho por el presidente Magaña del adelanto de las elecciones y de otras medidas de ~~democr~~ democratización, párrafo que no estaba previsto cuando fue redactado en el Vaticano, pues entonces no se sabía cuál iba a ser el nuevo giro impuesto a la política salvadoreña. Mucho menos se podía esperar que el Papa cambiara su discurso principal en la eucaristía de Managua ante circunstancias tan insólitas pero al mismo tiempo tan desafiantes, que quizá con mejor dominio del español y con mejor comprensión con las masas -cualidad que ha demostrado de sobra en otros lugares- hubiera podido salvar haciendo de un principio de discordia un final de concordia. Es evidente, por ejemplo, que si el Papa hubiera dicho en Managua las palabras que dijo pocas horas después en El Salvador: "Surge de vuestros pechos y gargantas un clamor de esperanza: ¡Queremos la paz!" o aquellas otras: "Todos y cada uno en América Central, en esta noble nación que ostenta orgullosa el nombre de El Salvador; todos y cada uno en Guatemala y Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Panamá, Belice y Haití; todos y cada uno, gobernantes y gobernados, habitantes de la ciudad, pueblos o caseríos; todos y cada uno, empresarios y obreros, maestros y alumnos, todos tienen el deber de ser artesanos de la paz. Que haya paz entre vuestros pueblos. Que las fronteras no sean zonas de tensión, sino brazos abiertos de reconciliación", los cientos de miles congregados en la plaza de la revolución hubieran estallado de júbilo y hubieran encontrado respuesta a sus peticiones. Nótese, en efecto, que los subrayados están subrayados en el texto mismo y adviértase que esto pedía la multitud en Managua. Por eso también hay que decir a los ~~managuas~~ y a los nicaraguenses en ~~general~~ que el Papa les escuchó, que el Papa está con ellos en su problema de fronteras -el único sitio donde se da críspadamente este problema es entre Honduras y Nicaragua- y en su problema de buscar la paz y la tranquilidad.





Todo esto nos hace ver la enorme complejidad que tenía el viaje papal a Centroamérica y cómo no conviene simplificar las cosas sacando de él lo que a cada uno le dicta su interés o su prejuicio. Va a hacer falta tiempo y estudio para que este difícil viaje, difícil por la variedad de países, difícil por la variedad de circunstancias, difícil por la gravedad de las situaciones humanas, difícil por los intereses políticos y presiones internacionales, difícil por la multiplicidad de auditorios, pueda ser comprendido en toda su plenitud.

Pero a pesar de esta dificultad que iremos asimilando en ulteriores comentarios, ya de entrada podemos decir algunas cosas importantes, algunas cosas cargadas de futuro y de esperanza, que sobrepasan incluso lo que ha podido quedar fijado en textos escritos para Centroamérica, pero no en Centroamérica y con Centroamérica. Quizá lo más importante que se puede decir es que el Papa se ha acercado en alguna forma a la realidad centroamericana -no sería tan adecuado decir que al pueblo centroamericano- y que el pueblo centroamericano se ha acercado al Papa. Ya Centroamérica no va ser la misma para el Papa que lo era antes de su visita. Aquellas palabras dichas en El Salvador: "Desde hace tiempo estaba deseando que llegara este día, para testimoniar con mi presencia algo que ya sabíais de cierto: que el Papa está cerca de vosotros y comparte con dolor vuestros sufrimientos" son palabras admirables en las que no puede desconocerse la resonancia de aquellas otras solemnísimas palabras de Jesús antes de su Pasión y de su Última Cena: "¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi Pasión!" (Lc 22,15). Y esas palabras son para toda Centroamérica, sobre todo para el pueblo doliente de Centroamérica: el Papa está cerca del pueblo y quiere compartir con dolor sus sufrimientos. El Papa en Centroamérica desde diversos presentes complejos mira hacia el futuro y el Papa va a yudar a Centroamérica a laborar su futuro, va a acompañar al pueblo centroamericano en el camino de su liberación integral, personal y estructural, teológica y social. Ya no vamos a ser para el Papa un pueblo en donde nunca ha estado; ya <sup>ha</sup> visto nuestros rostros, sobre todo los rostros apiñados a las ori-



l<sup>as</sup> de las calles o en las concentraciones multitudinarias de Panamá, de Man<sup>gu</sup>a, de Guatemala. Las élites más cercanas y las que el protocolo le obligaban a saludar no eran los que mejor representaban el dolor y sufrimiento del pueblo, pero el pueblo se hizo presente con sus dolores, con sus gritos, con sus esperanzas, con su súplica al Papa en favor de la paz, en favor de la justicia, en favor del diálogo y de la reconciliación.

También debe decirse que mucho pueblo en Centroamérica está con el Papa. Es el segundo punto evidente, cargado de consecuencias. El Papa es mucho Papa para nuestro pueblo. El que pretenda ignorarlo no sabe bien cómo siente una gran parte del pueblo, quizá el más sencillo y necesitado. Hay quienes quieren al Papa para manipularlo; el pueblo lo quiere más limpiamente y también más religiosamente. Es uno de sus grandes símbolos, es algo que le dice muchas cosas. Puede ser que no entienda el significado de todas y cada una de sus palabras, pero ve en él, siente en él, un principio de seguridad y también un principio de libertad y de esperanza. Ese símbolo no está desgastado. No lo está en países más desarrollados que los nuestros y mucho menos en una gran mayoría de nuestro pueblo. Que no se hable fácilmente de opio sino que se pregunte más bien qué raíces profundas hay en el corazón popular que hacen de lo religioso una fuente inagotable de consuelo y de esperanza unas veces, de trabajo y lucha otras veces. Hoy por hoy no se puede construir un proyecto popular al margen o en contra de lo que representa para el pueblo el simbolismo del Papa. Nunca, por ejemplo, en Nicaragua se tuvo una manifestación de tanta gente ni en las fechas conmemorativas de la revolución; nunca en Panamá se congregó una multitud igual. No eran las palabras del Papa lo que esta multitud buscaba, pues tal vez no las podía entender del todo. Era al Papa mismo. Ni siquiera era a Juan Pablo II; mucho más profunda y teológicamente buscaba al Papa, en <sup>quien</sup> de alguna forma se visibiliza y corporaliza para mucha gente, cosas muy sagradas, expectativas muy hondas. Todo esto puede ser manipulado, pero el hecho primario sigue en pie. Y sobre ese hecho purificado hay que edificar parte de la religiosidad popular y también parte del compromiso y proyecto político.